

« que corresponderéis á su amor con vuestras virtudes. »

Lijero é ingrato Mustafá, á quien habia colmado Selim III de atenciones y ternura durante su reinado, parecia escuchar con impaciencia y como deseando reinar ya, las amables palabras de Selim, cuyo abrazo recibió con frialdad. Al fin entró en las habitaciones que Mustafá acababa de dejar y donde estaba Mahmoud, hermano menor de este, cuya reclusion é infortunio iba á compartir.

Este jóven príncipe, apénas adolescente, pero dotado de un corazon afectuoso, de sentimientos nobles y de una clara inteligencia, veneraba á Selim pagándole con su amor y gratitud los cuidados verdaderamente paternos que habia dispensado á sus primos. Echándose á los piés del sultan destronado con un respeto mas tierno del que le hubiera manifestado en el trono, besó sus rodillas anegando de lágrimas sus manos, lágrimas que hicieron correr las de Selim. Tanto afecto en momentos en que disminuian todos los afectos consoló su desgracia y consagróse á la educacion de Mahmoud. Ambos príncipes aprovecharon la soledad para penetrarse mejor aun del espíritu de reforma que habia causado la caida del uno y que debia hacer el poder del otro.

El alma de Selim se trasmitió y perpetuó así en Mahmoud.

### XXIII

Cuando llegó á los nizams la noticia de la caida del sultan, temiendo la venganza del pueblo, y libres de sus compromisos, abandonaron sus cuarteles y sus uniformes y dispersáronse uno á uno, como malhechores, por las provincias del imperio. Salvas de todas las baterías de Constantinopla anunciaron la revolucion consumada á todos los barrios. Mustafá confirmó en sus destinos al gran visir y á los ministros que se hallaban en el campo de Schumla. Los genízaros se encargaron otra vez del servicio, volvieron á sus cuarteles con sus marmitas y recobraron todos sus privilegios. Respecto á los yamaks, instrumentos desdeñados de una revolucion consumada, recibieron una miserable gratificacion y fueron relegados por el caimakan á los fuertes del Bósforo, su antigua residencia. Cabatchi-Oghli, el dictador de tres dias, que habia gobernado la nacion, juzgado á los ministros, destronado el sultan y coronado á su

nuevo soberano, volvió sin pretension ni murmurar, al humilde puesto de comandante militar de aquellos fuertes.

## XXIV

Muy poco conmovió la revolucion de Constantinopla al ejército del Balkan, y satisfechos el gran visir y los ministros con conservar sus destinos, hicieron proclamar por sus tropas el advenimiento de Mustafá IV. Solo el aga de los genizaros, elegido por Selim III porque deseaba, como su soberano, regenerar el cuerpo, murmuró públicamente contra la conducta de sus soldados en la capital, los cuales se habian deshonrado, decia, por su complicidad con los viles yamaks y por la deposicion de su soberano. Tomando los genizaros del campamento la defensa de sus compañeros, se sublevaron contra su jefe, el cual hizo frente con intrépida indignacion á los sediciosos; pero abandonado por sus oficiales, murió por las manos de sus soldados. Habiendo espresado el gran visir tambien algunos nobles sentimientos de

fidelidad á Selim y de indignacion contra el motin, fué destituido por el caimakan.

Reemplazóle en el mando de las tropas Tehlemi-Bajá, antiguo ministro; mas aquellos sacudimientos, cambios de gobierno y de autoridades, anularon la campaña, y así los rusos no encontrando enemigos, desbordaron en la Valaquia y Moldavia. Felizmente para los turcos la paz de Tilsitt les obligó á respetar sus fronteras.

## XXV

Mustafá IV no era mas que un nombre en el trono; príncipe ligero, caprichoso, á la vez flexible y cruel, no codiciaba del poder mas que sus magnificencias y voluptuosidades, de manera que los verdaderos reyes eran el caimakan y el mufti. Naturalmente aquella autoridad dividida y adquirida por medio de crímenes comunes, no podia satisfacer á ninguno de los dos y disputándose la con encarnizamiento, el odio habia sucedido á la complicidad.

Cabatchi-Oghli, que habia sido olvidado un momento, volvió á cobrar grande importancia por con-

siderar tanto el caimakan como el muftí que el hombre que habia hecho la revolucion era el único capaz de consolidar su fortuna. Disputáronse pues su amistad. Hombre suspicáz, Cabatchi-Oghli conoció que la fuerza estaba del lado del muftí, además que su influencia como pontífice aseguraba á su causa el partido entero de los ulemas y de los imanes.

La popularidad del caimakan dependia solamente de su título de gran visir, al paso que el fanatismo, ménos fugitivo que la popularidad, aseguraba al muftí un ascendiente sagrado sobre la nacion. Cabatchi-Oghli se entregó á él. Osado conspirador, á quien el pueblo y sacerdotes consideraban como el libertador de los musulmanes, habia inspirado respeto y admiracion por sus moderados deseos y su modesto alejamiento de la capital despues de haber reinado como soberano absoluto en su país. Era un Sila salvaje paseándose, despues de su abdicacion del poder, entre los verdugos y víctimas de su dictatura.

## XXVI

A la llamada secreta del muftí contra el caimakan, Cabatchi-Oghli, á quien la victoria habia con-

sagrado á los ojos de sus dos mil yamaks, les dió orden de marchar de nuevo sobre Constantinopla para vengar la causa de la religion atacada, deciales, por el ingrato visir caimakan en la persona del muftí. Parte inmediatamente un destacamento de yamaks y llena la ciudad de sus murmullos y acusaciones contra el antiguo instigador de su primera rebelion. Unéenseles los genizaros avasallados á sus caprichos, los descontentos, los imanes, el populacho, espuma siempre flotante al viento de las sediciones, rodean el palacio del caimakan y piden á grandes gritos su cabeza. El muftí triunfante se interpone entre los sediciosos suscitados por él mismo y su antiguo cómplice y por un resto de compasion hácia aquel rival para siempre abatido, concédele desdeñosamente la vida, relegándole en un pueblecillo de la Siria con un destierro á la vez lejano y vergonzoso.

Un complaciente de serrallo, un intrigante, Tayar-Bajá, tildado de venalidad é inteligencias con los rusos, fué nombrado por el gran-señor, á instigacion del muftí, para reemplazar al desterrado en el vireinato de Constantinopla. Indiferente al uso que se hácia de su autoridad, el gran-señor no pensaba mas que en devorar su reinado y gozar de los esplendores y apariencias del poder supremo; el muftí por su parte no pensaba mas que en esprimir al imperio y

en amontonar en su tesoro esas riquezas portátiles en las cuales creen los Osmanlis poseer la garantía de la duración de su poder y que siempre escitan la codicia de sus sucesores. El nuevo caimakan no pensaba mas que en conservar su autoridad con una flexibilidad que cedia á todo, con las ceremonias y fiestas prodigadas al sultan y con su perfecta sumision al muftí. Solo un hombre recobraba una autoridad real en la opinion y en los negocios, Cabatchi-Oghli, pues aquella segunda victoria haciale árbitro oculto del imperio, de la capital y del serrallo. Conquistaba el respeto por su modestia y el prestigio por la distancia. Retirado en el fondo del Bósforo, á algunas horas de Constantinopla, en uno de los castillos que cierran la embocadura del mar Negro, en medio de los yamaks, reinaba, invisible, con sus amenazas y consejos.

Todos los embajadores codiciaban en secreto su favor para sus córtés; mas solo tuvo el arte de inclinarse hacia los intereses de la Francia el general Sebastiani, tanto por la franqueza de sus maneras como por su carácter de representante del héroe de Europa.

## XXVII

Suspendamos un momento la relacion de los sucesos de Constantinopla, para asistir, en una aldea de Alemania, al efecto que produjo en el ánimo de Napoleon la inesperada noticia de la deposicion de un sultan. Vencedor algunos dias ántes de los rusos en Friedland, descansaba en Tilsitt durante un armisticio, dictando las condiciones de paz. El secretario de embajada, portador de los pliegos del general Sebastiani, llegó allí por la noche, despues de haber atravesado el campo de batalla humeante todavía de la última victoria. Nada podria igualar la grandiosa y pintoresca simplicidad de aquella entrevista y de aquellas conversaciones escritas por uno de los dos interlocutores:

« Tilsitt, dice, es una pequeña ciudad nuevamente edificada; sus calles son anchas y tiradas á cordel; sus casas poco elevadas estaban pintadas de verde claro, blanco y rosa. La que habitaba el emperador, situada en un grande espacio irregular que formaba plaza, tenia dos pisos hacia medio dia, lo que con un

calor de mas de treinta grados Reaumur, era mas bien un inconveniente que una ventaja. No era un palacio, pero sí una linda habitacion con buenas y agradables condiciones. Habia delante una escalerita con doble pasamano circular de hierro, realzado, segun el gusto del Norte, con adornos contorneados de cobre y brillantes bolas del mismo metal. Conducia al piso bajo y despues al principal, vasto y elevado, revestido exteriormente con altos pilastros acanalados, sosteniendo una cubierta á la italiana, que ocultaba los tejados. Hablo de esta casita ocupada entonces por Napoleon, por haberla destruido despues un incendio. Al exterior habia dos garitas para los centinelas de servicio y un puesto de granaderos de la guardia; mas distante en la plaza y en la sombra ocupaban varios bancos muchos soldados.

« Entré en el principal en una grande sala pintada de blanco. A la derecha habia dos ventanas con sus persianas cerradas, mas el ardor del sol daba una claridad suficiente; entre las ventanas y encima de una consola contorneada y de mármol blanco, se veia un jarron de cristal con flores. En el fondo de la pieza habia una mesa de despacho cargada de papeles. Hallábame en el salon del Emperador, el cual andaba con animacion; en cuanto me vió detúvose mirándome fijamente, al saludarle.

« — ¿ Quien sois ? » díjome.

« — Agregado á la embajada de vuestra majestad en Constantinopla, » y dije mi nombre. Alejándome entonces de la puerta donde me habia detenido, adelanté hácia él para oírle mejor.

« — Y bien, ¿ qué hay por allá ?

« — Los genizaros han destronado al sultan; » y espuse rápidamente aquella catástrofe. La voz destronar, que tan mal suena á todo oido soberano fué májica por la indignacion que suscitó.

« — ¡ Es abominable ! qué gente tan miserable.

Y despues de algunos momentos de reflexion añadió con disgusto contenido : « Pero , Dios mio , ¿ cómo ha podido suceder tan pronto ?

Gran distancia habia entre estas palabras y la indiferencia de su ministro; su viva inteligencia habia conocido rápidamente la importancia del suceso, y por eso se mostraba impaciente, curioso, apasionado. Es seguro, que desde que conoció mis noticias habíanle ocupado únicamente. Así lo revelaban sus maneras, y hasta sus trabajos de aquella mañana confirmaban esta conjetura. En efecto yo me despedí á las nueve de M. de Talleyrand, que habia estado con él hasta las once, mas ni esta conversacion, ni los pliegos del general Sebastiani, satisfacian á Napoleon. Despues de almorzar me mandó llamar, á tal

punto deseaba penetrar las causas fatales que trastornaban su política. La meditacion de los hechos ofrece á los espíritus superiores un estudio saludable que aténua ó evita sus fatales consecuencias; mas cuando se refieren á la destruccion de un trono, los soberanos solos experimentan particulares solicitudes que no les arranca otra clase de sucesos. El talento mas elevado no prevee sus consecuencias con tanta sagacidad y esta es la disposicion intelectual en que se encontraba entónces Napoleon; ya hemos indicado la de su ministro.

« Aun cuando el Emperador tenia poca fé en el poder de los turcos, habia sentido lá brusca caída de Selim III, príncipe á quien amaba y estaba reconocido por su docilidad política, por la energía con que rechazó á la flota inglesa, por su confianza en la fortuna de la Francia que personificaba Selim en Napoleon, por su constante admiracion, que databa de la expedicion de Egipto y le habia decidido al fin á declararse contra sus comunes enemigos, Rusia é Inglaterra. Selim era para él un aliado lleno de celo, útil en lo que permitian sus medios, y con la fidelidad del cual podia contar. Su caída del trono y en especial lo que tenia de imprevisto debieron á la vez sorprenderle y afligirle.

« Esto sin duda inspiraba á Napoleon las enérgicas

interrupciones : « ¡ Miserables ! ¡ Bárbaros ! » Luego quiso saber los motivos de aquella revolucion.

« — Pero la causa, la causa, ¿ cual es ? »

« — La causa, para las masas, es el horror de los cambios; para los genizaros, el orgullo militar humillado, para los ulemas, sus intereses amenazados que ocultan hábilmente detrás de un pretendido ataque á los sentimientos religiosos. Asíntales las ciencias, las artes y toda clase de progresos, y por eso presentan la reforma como una violacion del Coran, argumento poderoso para un pueblo cuyas creencias se alarman fácilmente. Saben que todo se encadena para la inteligencia y que una vez despartado el espíritu de examen, destruiria el Coran y por consiguiente su influencia. Así es que mientras que se han limitado á las mejoras de la artillería, de la marina, de las maniobras, de la disciplina en general, han callado; pero cuando han instituido escuelas de ciencias, su oposicion ha sido mayor y la ignorancia del pueblo la ha secundado plenamente.

« — Luego ¿ la causa es religiosa ?

« — Por lo ménos la mayor fuerza del ataque quiere conservarle esta apariencia, aunque en realidad tengan mucha parte la ambicion y la codicia. Los ulemas no desempeñan destinos públicos,

« no pagan ninguna contribucion, están al abrigo  
 « de las confiscaciones, y, privilegio inmenso, no  
 « pueden ser condenados á muerte. Hé aquí lo que  
 « defienden; todo lo que tiende á destruir sus dere-  
 « chos los inquieta, y recurren á las ideas religio-  
 « sas para poner trabas á las innovaciones y en caso  
 « necesario destruirlas. Si no hubieran alarmado las  
 « conciencias, hubiera sido vana toda tentativa de  
 « revolucion; en otros términos el caimakan no hu-  
 « biera vencido sin el concurso del muftí.

« — ¿Hace mucho tiempo que el muftí ha sido  
 « nombrado?

« — Dos meses, próximamente; el anterior, de  
 « elevadas luces, secundaba la reforma; este, para  
 « elevarse, aparentaba primero protegerla, mas la  
 « atacaba sorda aunque constantemente. Una vez en  
 « su destino preparó la revolucion y las máximas si-  
 « guientes, generalizadas por él, y sus adeptos la han  
 « consumado: Quien imita á los infieles es un infiel.  
 « Axioma cuya consecuencia ha sido nada ménos  
 « que la cuestion sometida al muftí: El soberano  
 « que combate el espíritu del Coran ¿debe perma-  
 « necer en el trono? A lo cual el muftí ha contestado  
 « negativamente. Tal ha sido el género de ataque de  
 « los enemigos de la reforma y del sultan.

« — Mas para obtener esos resultados han sido

« precisas largas intrigas; ¿cómo no las ha conocido  
 « Sebastiani?

« — Su origen ha sido demasiado alto para ver-  
 « las. ¿Cómo suponer que las dos mayores dignida-  
 « des del imperio conspiran contra el sultan? Cuando  
 « el día de la insurreccion el cuerpo diplomático  
 « manifestó al divan la peligrosa tendencia de los  
 « rebeldes y de su jefe, se dirigió naturalmente al  
 « sustituto del visir para combatirla, mientras que  
 « él trabajaba para propagarla, y así respondió: que  
 « el gobierno vigilaba el movimiento con prevision  
 « y solicitud. El éxito de esta revolucion, de la cual  
 « se han aprovechado el caimakan y el muftí, ha  
 « sido lo único que ha revelado su complicidad y trai-  
 « cion; el mismo Selim ha perdido el trono sin sos-  
 « pechar su duplicidad, creyendo amistosa y sincera  
 « la última visita del muftí para aconsejarle que ab-  
 « dicase, la cual ha considerado su resignacion  
 « como una prueba de lealtad.

« — ¡Pobre Selim! replicó Napoleon, ¡es verda-  
 « deramente increíble!

« — Sobre todo como ha sucedido. Cuando mar-  
 « charon las tropas al Danubio, el embajador acon-  
 « sejó al sultan que se pusiera al frente de su ejér-  
 « cito; mas no se acogió la insinuacion, á pesar de  
 « que aquella determinacion le hubiera salvado. Las

« intrigas apenas han durado un mes. El anterior muftí  
 « murió en abril, época del nombramiento de su su-  
 « cesor y de la salida del gran visir para el Danubio;  
 « el cual designó al caimakan para reemplazarle. Una  
 « vez en el poder un mes han bastado á estos dos am-  
 « biciosos para satisfacer sus malas pasiones. Han fo-  
 « mentado la rebelion en los fuertes del Bósforo, con-  
 « signado las tropas regulares en sus cuarteles, con-  
 « denado á muerte á los ministros y demás hombres  
 « de Estado adictos al sultan, recogido en fin los frutos  
 « de esta gran conspiracion. Hoy no tienen rivales y  
 « son mas soberanos que el sultan Mustafá, príncipe de  
 « veinte años, cuyas facultades y carácter se ignoran,  
 « y sin la menor esperiencia. ¿Cómo sospechar una  
 « traicion en funcionarios tan inmediatos al trono?  
 « No, señor, la revolucion consumada en el imperio  
 « otomano ha sido preparada tenebrosamente y sin  
 « cómplices. No ha habido mas que instrumentos.  
 « ¡Era imposible preeverla! — ¡Pobre Selim!»

Luego refirió el secretario de embajada lo que aca-  
 bamos de decir sobre los sucesos del serrallo, inter-  
 rumpiéndole á cada circunstancia del relato con una  
 exclamacion dolorosa ó una inquieta pregunta de  
 Napoleon.

« Pero, decia con frecuencia, en todo eso no veo  
 « mas que una sedicion, ¡ y la distancia es grande

« entre la sedicion y la revolucion !.... ¿ No pudo so-  
 « focar la sedicion? ¡ Pobre Selim!» decia incesan-  
 temente y se paseaba un momento, parábase y vol-  
 via á pasearse.

« El sultan Selim no ha tenido bastante talento  
 « para fundar el bien que habia concebido, » prosi-  
 guió : « ¿ En qué parará todo eso? Sus vasallos son  
 « parricidas; ¡ por ser demasiado bueno y demasiado  
 « superior á ellos, le destronan! ¿ En qué parará  
 « todo eso?» repetia mas impaciente. « ¿ Cual es  
 « vuestra opinion? El emperador Alejandro no sabe  
 « una palabra de esos sucesos, voy á participárselos,  
 « pues le interesan. Dormir un poco; debeis estar  
 « cansado. »

## XXVIII

Todo entero Napoleon á su pasion de guerra á  
 muerte contra Inglaterra, cuyos principios liberales  
 de gobierno detestaba y á quien deseaba encerrar ó so-  
 focar en sus islas, no tardó en olvidar el grito de  
 compasion momentáneo que le habia arrancado la  
 catástrofe de Selim.

Un historiador, M. Thiers, Quinto Curcio de este otro Alejandro, sobrado seducido por el esplendor de su héroe para no admirar hasta sus vértigos diplomáticos, refiere las conversaciones de Napoleon y Alejandro en Tilsitt sobre la division de Turquía, ó mas bien sobre el Oriente entregado por Francia á los rusos. Si la historia de las versatilidades necesitase una prueba mas de la nada y del horizonte limitado de la diplomacia del imperio, se la ofrecerian las entrevistas de Napoleon y Alejandro.

Sebastiani continuaba todavía en Constantinopla con la mision de regenerar y fortalecer la Turquía, como el baluarte necesario contra la Rusia, y Napoleon olvidando, por un odio inconsiderado y una victoria de un dia, el interés permanente que tiene Francia de conservar en Oriente un contrapeso á la Rusia, proponia locamente al czar sacrificarle el sultan. Un soberano verdaderamente diplomático, como Luis XIV, hubiera seguido precisamente el sistema inverso; hubiérase aprovechado de su ascendiente, de su victoria contra Rusia para exigirle la restitution de los fraccionamientos del imperio otomano, para apuntalar el dique de Oriente contra el desborde moscovita y para resucitar la Polonia. Merced al ciego entusiasmo por su nueva amistad, trató á Turquía como á Polonia, echando dos impe-

rios á los piés de su enemigo de la vispera y de su enemigo del dia siguiente, para entregarle sus amigos naturales de todos tiempos.

La política poco fija de Napoleon, que fué tambien su sistema en la expedicion de Egipto, como lo era en Tilsitt respecto á Turquía, le hizo expiar en 1812 aquella prodigalidad de generosidades ofrecidas á espensas de los turcos á Rusia. Despues lo conoció, en los dias de reveses; mas entónces no veia mas que la vanidad de tratar del mundo moderno con un jóven soberano de la antigua sangre dinástica, como Pompeyo, César y Craso habian destrozado el mundo romano en la isla de Reno. Su diplomacia, completamente accidental y subordinada á su espada en el Cairo, Varsovia, Tilsitt, Madrid, Roma, no tuvo nunca plan sino que fué una exaltacion ó un abatimiento de su fortuna. Nunca combinó el mundo sino que le jugó á las eventualidades de su genio y del campo de batalla. Los historiadores que han querido presentarle con lejanas miras y la profunda sabiduría de un hombre de Estado, han tenido que inventar tantos pretendidos sistemas como caprichos hubo en su destino y en su genio.

Dejemos hablar al historiador del imperio.